

Los libros en Europa

T. S. Eliot. Peter Ackroyd. Trad. Tedi López Mills, Fondo de Cultura Económica, México, 1991

¿Quién fue Thomas Stearns Eliot? Nació el 26 de septiembre de 1888, en St. Louis, Missouri, y murió en Londres el 4 de enero de 1965. Una de las características principales de su personalidad y de la cual han dado testimonios muchos de los que le conocieron es que era un actor, alguien capaz de escribir con el estilo de otros, de vivir de una manera ligeramente impostada. Quiso ser un gran poeta, católico, conservador, inglés, y todo fue de alguna manera, aunque con la conciencia de que estaba sobreactuando. Fue voluntarioso, calculador, defectivo, envarado, generoso; tenía un gran miedo al ridículo, tendencia al autodesprecio, y una relación conflictiva con el sexo. Creció en una familia unitaria, con un padre que consideraba el sexo como algo desagradable. De hecho Eliot tuvo precaución con esto porque fue virgen hasta los veintisiete años y luego tuvo la mala suerte de casarse con una mujer con desórdenes ginecológicos y psíquicos. Fue un hombre desdichado al que ni la fama ni la religión dieron la felicidad, pero sí su segunda mujer, Valerie, con quien se casó cuando el poeta tenía ya sesenta y ocho años y ella treinta.

Dejó su país a los veintitrés años y, salvo viajes ocasionales, residió en Londres hasta el final de sus días, pero siempre se consideró un «extranjero residente». No era de allí, pero tampoco de su país de origen. Era alguien que tenía que inventarse su tradición (como hizo,

con sobrado talento, en el plano literario) y un rostro. Muchas veces en su vida se preguntó qué era lo que había que pensar, como si esperara el guión para encarnarlo. Su sentido de la responsabilidad venía de fuera; no es tanto que estuviera convencido como necesitado de convencerse. En política estuvo en contra del humanitarismo y la democracia liberal; se identificó apasionadamente con las ideas derechistas de Charles Maurras y llegó a felicitar al *Daily Mail*, en 1923, por la publicación de una serie de artículos elogiosos sobre Mussolini. Hay una línea que va de Dante y Santo Tomás hasta Maurras, una línea antimoderna en el orden moral. Es curioso el parecido en esto con otro sureño, Edgar Allan Poe.

Es sabido que fue un hombre «sabio» (aunque, en realidad, no lo fue tanto) y sus intereses culturales tenían una cierta amplitud: su tesis fue sobre Bradley; sufrió un fuerte impacto cuando leyó *Appearance and Reality*, obra donde se manifiesta un radical escepticismo sobre la capacidad del intelecto para conocer la realidad. Le interesó el budismo y estudió filología y filosofía india con C. R. Lanman y James Haughton Woods, respectivamente. Confesó que este pensamiento le dejó una «perplejidad iluminada», una frase que creo hubiera gustado a Borges. Es curioso: Eliot quizá encontró en el budismo, entre otras cosas, un eco de su obsesión por el pecado original. Para el budismo el mayor pecado del hombre es haber nacido. Cristo pidió que nos multiplicáramos, pero cada nacimiento está marcado por una culpa que hay que expiar.

Su primer libro de poemas fue *Prufrock and Other Observations*. De este personaje dijo el Eliot último que jamás supo lo que era el amor. Y es curioso que lo dijera de un personaje poético, como si el mismo Eliot no hubiera hecho otra cosa que encarnar personajes a la búsqueda de un verdadero reconocimiento. Claro que es, también, una confesión indirecta. En 1992 publicó uno de los grandes poemas de nuestro siglo, *The Waste Land*. Luego quiso apartarse de él y de su mundo, a la búsqueda de un orden (el catolicismo anglicano) en el que había mucho de claudicación. Buena parte del conservadurismo de su obra posterior quizá sea debida a la necesidad psicológica de estructurar rápidamente su vida. Es cierto, escribió *Four Quartets*, esa obra llena de talento y de renunciaciones.

Fue empleado de la banca Lloyds y editor de Faber and Faber, escribió teatro, tradujo la *Anabase* de Saint-John Perse. Editó a Henry Miller, rehusó hacerlo con George Orwell, denunció moralmente a D. H. Lawrence (aunque luego se arrepintió sin por ello cambiar de opinión literaria). Admiró a pocos de sus contemporáneos, pero fue siempre fiel a Ezra Pound, al que ayudó a sacar del psiquiátrico y al que editó siempre en Faber. En su tumba, en East Coker, rezan estos versos: «En mi principio está mi fin», «En mi fin está mi principio». Un hombre misterioso y una obra definitiva.

La rive gauche (La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950). Herbert Lottman. Trad. de José Martínez Guericabeitia. Ed. Tusquet, 1994

El libro de Lottman se centra tanto en un período como en un número de escritores que, al margen de sus obras de creación o de investigación tuvieron un rasgo común: fueron los intelectuales de la *Rive gauche* que sacudieron el pensamiento moral, se comprometieron con el comunismo, se hicieron disidentes, colaboracionistas o miembros de la resistencia. Las actitudes no siempre fueron claras, y las brumas de las ideologías y de los mismos sucesos, además de las determinaciones psicológicas, empujaron a algunos a defender a Stalin (frente al nazismo), a otros pocos, a colaborar con la ocupación. Lottman retrata, con agilidad, sobre todo a partir de la segunda parte del libro, el mundo de los cafés, de las publicaciones, las discusiones políticas, las conspiraciones, desertiones y heroicidades, las reacciones pacifistas frente la impetuosa bélica de Hitler, los entusiasmos de Gide frente a la URSS y su decepción posterior, el apoliticismo de Sartre y su concienciación en plena ocupación. Las tensiones entre la derecha (Brasillach, Giraudoux, La Rochelle) y su apoyo al gobierno de Vichy, y la izquierda (Malraux, Gide, Aragón). Pero si algo muestra esta documentada obra, es que el mundo ideológico de la época estaba lleno de contradicciones, cambios bruscos, cinismo, todo antes de llegar a creer que se trataba de un mundo de ideas claras y distintas como tantas veces el pensamiento de izquierda nos ha querido hacer creer. El panorama que nos muestra *La Rive gauche* —una obra de casi quinientas páginas imposible de resumir—

es rico entre otras cosas porque nos muestra a sus protagonistas en su ambigüedad y no trata de reducir ésta en beneficio de esta o aquella idea. El cuadro es un tanto barroco, sin centro fijo, salvo la guerra que moviliza y cambia a todos estos hombres de letra que testimoniaron dicho drama.

La estación total. Juan Ramón Jiménez. Ed. Tusquets, Barcelona, 1994

La estación total con las canciones de la nueva luz se publicó por primera vez en Buenos Aires en 1946 reuniendo poemas que Juan Ramón había escrito en España entre 1923 y 1936. Muchos poemas de este libro han sido publicados en otras recopilaciones de la obra de Juan Ramón, pero es la primera vez que, en nuestro país, se publica completo y como obra independiente.

Creo que lo mejor de este libro está comprendido en la primera parte, la que lleva por título «La estación total». En ella vemos un Juan Ramón que no cede fácilmente a la poetización y la adjetivación poco exigente, debilidades que le persiguieron desde sus primeros libros hasta los últimos. A veces los juanramonianos le hacen un flaco favor al poeta de Moguer al exaltarlo acriticamente. Fue, sin duda, uno de los grandes poetas españoles de nuestro siglo, pero siempre le acompañó la debilidad por lo cursi. Fue grande pero, obviamente, no por todo lo que escribió. Frente a versos tan logrados como éstos: «Y en la frontera de las dos verdades / exaltando su última verdad, / el chopo de oro contra el pino verde, / síntesis del destino fiel, nos dice / qué bello al ir a ser es haber sido», Juan Ramón cae una y otra vez en «¡Qué perpetuidad más deseada! / la mujer con la estrella y la rosa, / las tres formas más bellas del mundo!». El lector tiene la posibilidad de encontrar en este volumen poesía de verdad por un lado y exaltaciones de la bella belleza por otro.

Poemas. Catulo. **Elegías.** Tibulo. Introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz. Ed. Gredos, 1993

Hay que señalar, en primer lugar, que las traducciones de Arturo Soler son en prosa, pero logra que funcionen poéticamente, además de seguir con fidelidad al ori-

ginal. La opción de vertir en prosa lo que está en verso tiene varias justificaciones (hay versiones en prosa de Homero, Virgilio, Dante, etc.) y se hace, sobre todo, en aquellos escritos donde prima lo narrativo. En ocasiones, si se busca el rigor filológico, algunos traductores optan por la traducción lineal. Es obvio que se traiciona al autor al considerar que lo que él escribió en líneas con un determinado número de sílabas, pies o acentos, pueda olvidarse. La dificultad en alcanzar en otro idioma fidelidad a los contenidos y al mismo tiempo a las particularidades puramente poéticas es una de las justificaciones, otras que el traductor no se sienta capaz. Yo creo que sería bueno que se contara con los poetas como colaboradores para obras donde el problema fuera la impericia creativa del traductor. Ahora bien, a favor de la traducción de Arturo Soler Ruiz de estas dos obras he de decir que es preferible su traducción en prosa a algunas en verso que anda coleando (que no vivas) por el mundo editorial.

Sorprende un poco que Soler haya estado realmente a punto de no llevar a cabo la traducción de Catulo por problemas de pudor... ¿Y si hubiera tenido que traducir a Sade, Bataille, Henry Miller, las cartas de Joyce, etc.? Hay cosas que le hacen a uno temblar. Dicho a favor de Soler: logró superar el pudor y tradujo. En su prólogo, Soler recomienda alguna biografía de Catulo y cita su presencia, en realidad anecdótica, en la poesía actual española, de manera muy acítica, sobre todo tratándose de una edición hecha para Gredos, que, aunque asequible al amplio público, no es, en cuanto al aparato crítico, de divulgación.

Vida de Constantino. Eusebio de Cesarea. Introducción, traducción y notas de Martín Gurruchaga. Gredos, Madrid, 1994

Eusebio (c. 260-c. 340 d. C.) fue obispo de Cesarea en Palestina. Su obra más notoria es la *Historia Eclesiástica*, escrita en griego. La obra de Eusebio es un caso: resulta apta para historiadores y especialistas, ya que ellos pueden ir distinguiendo entre multitud de errores y tergiversaciones, apologías y olvidos. Según los especialistas, es indispensable para conocer las fuentes de la Iglesia primitiva en Oriente. Lo mismo ocurre para

conocer fechas y acontecimientos de la historia de Grecia y Roma.

Martín Gurruchaga, que ha escrito un documentado prólogo a su traducción, nos cuenta que la importancia de esta vida piadosa de Constantino Magno estriba en que es la primera biografía del primer emperador cristiano, contada por un contemporáneo que, además, lo conoció personalmente. Eusebio se propuso escribir un libro encomiástico y algunos lo tomaron por histórico. Gurruchaga nos muestra, en síntesis, la suerte que corrieron Constantino y Eusebio. Vale la pena citarlo: «J. Buckhardt, que vio en Constantino al “hombre religioso”, al “asesino egoísta”, sin tiempo para la hondura religiosa, y a Eusebio como “el más repugnante de los panegirista, que mentía a mansalva”. Proliferaron con éxito las concepciones sobre Constantino como “Voluntad de Poder” (E. Schwartz), como el neutralista del “sistema de la paridad” (Th. Brieger), la del sincretista heiólatra creador del “brillo embacaudor”, en cuyo señuelo paganzante cayó la Iglesia por su afán de implantación (T. Zahn), la del “supersticioso” que, aun convertido, no se libró de ese tic (A. Alföldi), la del hamletiano “pobre hombre que anda a tientas” (A. Piganiol), la del “producto de la época, que si no él, otro necesariamente habría dado el quiebro histórico” (Delle Selve), la del segundón frente a Licinio “campeón del Cristianismo” (H. Grégoire).» Etcétera.

Obras completas. Antonio de Guevara. Volúmenes I y II. Edición y prólogo de Emilio Blanco. Biblioteca Castro, Ed. Turner, 1994

Estos dos volúmenes de los cinco que formarán las obras completas de Guevara, constan de las obras siguientes: *Libro áureo de Marco Aurelio*, *Décadas de Césares* y *Relox de principes*. El político y escritor español Fray Antonio de Guevara es oriundo del pueblo cántabro de Treceño. Probablemente nació en 1480 y murió en Mondoñedo en 1545. Entró en la corte siendo aún niño y parece ser que fue paje del príncipe Juan. Tuvo una juventud algo desordenada y mundana, pero tras la muerte del príncipe y de la reina Isabel la Católica (1504) ingresó en la Orden franciscana en la que, con el tiempo, desempeñaría cargo de importancia. Fue con-